

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA MISIÓN DEL RESPETO.

La elevación de las ideas y la pureza de los afectos es lo que cria en nosotros este sentimiento noble y puro que llamamos el sentimiento del respeto, el cual nos obliga á apartar los ojos de las miserias que nos salen al paso, y buscar con ávidas miradas los rasgos de la belleza, de la verdad y de la virtud que centellean por todas partes. El entendimiento sereno y claro por su propio impulso se remonta á regiones elevadas, desde las cuales desaparecen todas las pequeñeces, y se descubre como el tiempo y el espacio se combinan maravillosamente, formando vastos panoramas en que despliega sus magnificencias ese poder, esa sabiduría, esa providencia que rige al universo. El corazón recto y delicado no bebe jamás el veneno de la venganza ni la hiel del menosprecio; semejante á la abeja que saca rica y sabrosa miel del amargo jugo de las flores, escoge siempre el bien, y se complace en amar, en sufrir, en perdonar, en hacer á todos partícipes de esa felicidad envidiable que goza en el fondo de su pecho tranquilo. Así el águila generosa desdeña posarse en el polvoroso suelo, y desde altísimos picos contempla los bosques sombríos, las doradas mieses, el río lejano, la vecina aldea y el mar remoto que ruga en el confín del horizonte. Así el dulceruiseñor oculto en el verde ramaje, desdeñando tristes querellas, alegra las

florestas cantando en deliciosas trovas su felicidad segura y no envidiada.

Si el respeto es una luz que brota de las inteligencias claras y un perfume que se exhala de los corazones limpios, ¿quién podrá criar en nosotros un respeto mas sincero y profundo que la religion augusta, que ilumina nuestra inteligencia con la luz del cielo, é inspira á nuestro corazón los mismos sentimientos que los santos ángeles alimentan en sus celestes pechos? ¿Y cómo no ha de inspirarnos un respeto grave y solemne esa religion divina, que agranda los límites del tiempo con los espacios sin límites de la eternidad; esa religion para la cual todas las verdades solo son un pálido reflejo de la verdad increada, todas las criaturas un liviano juguete de la mano creadora, todos los siglos breves páginas de un libro en que se escribe un solo pensamiento divino? ¿Quién puede sin asombro escuchar la voz de esa religion, que le enseña que la gloria de Dios se reverbera en todas sus obras, que le hace descubrir la huella de su paso, el brillo de su mirada, la magestad de su presencia, no solo en los estendidos cielos y en los anchos mares, sino hasta en la gota de rocío que vierte la aurora en el cáliz de las flores, hasta en el musgo que crece en la desnuda roca, hasta en el gusano que arrastra por el polvo sus ondulantes anillos? Pero la religion á mas de agrandar las ideas, purifica los afectos: su mirada severa y penetrante descubre y condena el pensamiento

menos casto, el deseo menos justo, la afición menos caritativa. Así el hombre profundamente penetrado del espíritu religioso, al paso que se purifica y engrandece á sí mismo, tiende á purificar y engrandecer cuanto le rodea: diríase que privado de fijar los ojos en la esencia misma de la belleza, de la verdad y de la justicia, cuya presencia venera en todas partes, se esfuerza en descubrir un reflejo que oscila sobre todas las criaturas; vé ese reflejo divino sobre la diadema del poder y se inclina respetuoso, lo vé sobre la frente del padre y la besa con reverencia, lo vé sobre el corazón de la madre y la abraza conmovido, lo vé sobre la pálida faz del dolorido enfermo y rodea de solícitas atenciones el lecho de su dolor, lo vé sobre los harapos del pordiosero é imprime un ósculo de veneración en esos harapos mas resplandecientes á sus ojos que la púrpura de los reyes. Sin duda pensará el lector benévolo que escribo poesía: voy á probar que esa poesía es la verdad.

La razon imparcial nos enseña que Dios obra en todas partes: si obra, allí está su virtud poderosa, allí está su presencia inefable, allí su esencia divina que penetra todos los seres. ¿Admirais á Dios cuando suspende en el firmamento esas estrellas, cual lámparas colgadas ante sus ojos? pues yo le admiro cuando reúne los rayos que parten de la estrellada esfera, para dibujar la inmensidad de los cielos en la imperceptible retina del ojo de ese gusano que estruja el pié indiferente del viagero. Decidme ¿dónde la razon descubre mas á Dios, en el estrellado firmamento, ó en el ojo de ese gusanillo despreciado?

Esa razon, que cuando está clara y serena conoce y confiesa la presencia de Dios, cuando la pasion la nubla ó el error la oscurece, niega esa presencia soberana, ó la desfigura. En el primer caso aparece el incrédulo, para el cual el mundo no está iluminado con los resplandores de la gloria de Dios; para él el mundo no es mas que polvo y cieno, es un laboratorio inmenso donde la materia ciega combina y modifica sus elementos. El hombre para el incrédulo tampoco es el hijo de Dios,

que peregrina un poco por la tierra para subir despues á realizar sus inmortales destinos en la casa de su Padre: es tan solo un animal político que nace, crece y muere, sin dejar de su paso mas señal que la huella estampada en el polvo. Cuando la razon, sin atreverse á negar la presencia de Dios, la desfigura, entonces nacen las mas estrañas quimeras, hasta llegar á la *beatitud de aquellas gentes en cuyas huertas les nacian dioses*, ó hasta adorar con los modernos panteistas al dios-universo, á ese dios que es piedra, que es planta, que es bruto, y lo que mas repugna que es adúltero, parricida y blasfemo. Se me dirá que tambien la razon ha esmaltado el mundo de flores y lo ha poblado de encantadoras deidades. Confieso que las diosas gentílicas retratadas por el fino pincel de sus poetas no carecen de algun hechizo; pero ¿quién sin cubrirse el rostro con tupido velo puede mirar esas mismas beldades en su vida real encarnada en las costumbres del pueblo? Cuando Jesus se retiró al desierto, no le salieron al encuentro los lascivos sátiros, no vió á las ninfas sacando el desnudo pecho sobre las cristalinas aguas de las fuentes; pero en cambio se le acercaron los ángeles malos para tentarle y los ángeles buenos para servirle, en cambio halló á su Padre que llenaba el desierto con la magestad de su presencia.

De aquí resulta que la razon necesita de la fe que la afirme, la asegure y la ampare contra su propia flaqueza y contra sus naturales deslices. Pero la fe no solo afirma las verdades de la razon, sino que las ensancha, las completa y perfecciona. Dios está presente en todas partes, dice la razon; y la fe añade que Dios quiso estar presente de una manera muy particular y amorosa en su criatura predilecta. Ah! decidme ¿qué sentís cuando veis al pueblo cristiano adorar, pegada la frente al polvo, aquella Hostia santa velada por una nube de incienso sobre el altar resplandeciente? El Hijo de Dios altísimo se abrazó un dia con la humana naturaleza, la paseó por el mundo derramando beneficios, la levantó en la cruz entre el cielo irritado y

la tierra culpable, la sacó gloriosa del sepulcro y la subió al firmamento sentándola á la diestra de su Padre. Desde entonces, en esa nube ténue de su humanidad gloriosa, baja Dios todos los días sobre los altares, y desciende corporalmente hasta el corazón de los que llama sus hijos, sus amigos, sus hermanos, los partícipes y coherederos de su reino. ¿Quién puede calcular la dignidad y grandeza que ha comunicado al hombre ese abrazo íntimo y estrecho con su Dios?

El hombre ha quedado primeramente ennoblecido en sus virtudes. Su fe no se guía por la débil luz de su razón, sino por la vivísima luz que brota de la palabra divina.

Su esperanza no se apoya en el brazo de la carne flaca, sino en el brazo de Dios omnipotente.

Su amor no se nutre de groseros afectos, sino de las purísimas emociones de la caridad.

Su obediencia no dobla la cerviz al pesado yugo de un hombre, sino al suave yugo de Dios cuya autoridad reside en aquel hombre.

Su paciencia no se ve estrujada por la planta brutal del ciego destino, sino amorosamente comprimida bajo la mano paterna! de la Providencia.

Su trabajo no le exprime el sudor del rostro para amasarle un pedazo de negro pan, sino para atraerle sobre su casa y su familia las bendiciones del cielo.

Su pobreza no espera las migajas que caen de la mesa del rico avariento, sino las que caen de la mesa de aquel que alimenta las aves del cielo y viste las flores del campo.

Su pureza no se corona de odoríferas flores que las auras de amor deshojan, sino de púnzantes espinas que el casto amor convierte en rayos de celeste gloria.

Pero el hombre no solo ha quedado ennoblecido en sus virtudes, sino hasta en sus lágrimas, hasta en sus dolores, hasta en sus miserias. Si el Hijo de Dios ha tomado sobre sí nuestras desdichas, si las ha santificado declarando que él mismo padece y gime en persona del preso que llora sobre sus cadenas, del enfermo que desfallece en el lecho de la agonía, del peregrino que llama á puertas extra-

ñas y del mísero pordiosero que nos alarga su mano descarnada y nos muestra sus espaldas desnudas, si Jesucristo se ha acercado á todos estos miserables para verter sobre su cabeza inefables promesas, esperanzas inmortales y divinas bendiciones, ¿quién osará contradecir á la verdad eterna llamando malaventurados á los pobres, á los mansos, á los que lloran, á los que padecen?

Solo dos cosas pudieran envilecer al hombre, porque sobre ellas no han caído las bendiciones de Dios: la ignorancia y la malicia. La ignorancia, esa ceguera del alma que, privándola de la luz de la inteligencia, la obliga á guiarse por el torpe instinto á manera de bestia bruta, á los ojos de la religión es un campo vírgen en que puede sembrarse la semilla de la verdad, es un tosco pedernal de que pueden saltar las centellas de la fe. Suponed el sumo grado de ignorancia, el salvajismo, y permitidnos preguntar á esos libre-pensadores que miran al hombre del bosque como el prototipo del perfeccionamiento humano: ¿cómo es que cuando la codicia los lleva á sus costas, no saben descubrir en él mas que un sér embrutecido que cojen en el lazo como fiera, para traficar con sus negras carnes? ¿Por qué no ilustran á esos pobres salvajes enseñándoles sus hermosas teorías sobre la *dignidad del hombre*, su *libertad*, su *igualdad*, sus *derechos ilegislables*? Ay! solo dos cosas han sabido enseñarles, el uso del aguardiente y de la pólvora, para asesinarses á sí mismos y á sus hermanos! En cambio mirad á los nobles hijos de la fe, á esos jóvenes generosos, como dejan patria, familia, consuelos y esperanzas para ir á abordar á remotas playas, á inhospitalarias tierras, para buscar en escondido bosque, en solitario río, una muerte oscura y horrorosa. Ah! ¿qué importa la sangre y la vida, si se logra hacer brotar de aquellas tinieblas un rayo de fe que guie sus almas por el camino del cielo?

La malicia es una copa ponzoñosa á la cual el hombre acerca sus labios para beber una muerte irremisible; pero la religión enseña que la contrición es una triaca excelente y que la sangre del Hijo de Dios puede transformar en

hermoso querubín al más monstruoso de los hijos del crimen. Pero suponed que no se convierta el pecador: mirad á ese hombre caído en vicios, manchado y embrutecido, poner en el cielo su lengua blasfema, y decidme: ¿sobre esa frente sellada ya con la marca de los réprobos no descubris la eclipsada magestad de un hijo de Dios? Ay! Y cuando veis á la misericordia divina cubrir su faz hermosa que alegra los cielos, cuando veis á la justicia inexorable que va á verter sobre aquella cabeza la copa de su ira, cuando veis abrirse el abismo de los tormentos y al mísero réprobo correr hácia la boca del abismo en fuerza de su voluntad libre, ¿no sentís estremecerse todas vuestras entrañas? no sentís como el pavor y el asombro congelan vuestros miembros? qué descubris allí que no sea grande, severo, imponente? Ah! á los ojos de la religion el hombre nunca es ridículo: el hombre es digno de respeto hasta en el profundo de los infiernos.

MIGUEL MAURA PRO.

INTERVENCION DEL PUEBLO Y DEL PODER SEGLAR

EN LAS ANTIGUAS ELECCIONES DE OBISPOS.

I.

Hace algunos meses, que emulando los esfuerzos de los Dællingerianos en Baviera y del abate Michaud en Paris, apareció en Madrid un *manifiesto de algunos presbíteros* con la pretension de fundar una iglesia española, es decir cismática: y afortunadamente el desprecio universal sobrepujo al escándalo, por ser tales los nombres de los seis curas que lo firmaban, *buenos para curados* como dijo nuestro Lafuente, que el asunto se hizo cosa de risa. Pero como no ha faltado diario en esta provincia, aunque poco mas leído que el citado manifiesto, que haya emitido sobre él sus serias *observaciones*, ocupándose de la base tercera del desatinado proyecto que establece *la eleccion por sufragio universal para los cargos eclesiásticos*, é incurriendo á su vez en inexactitudes acerca de la antigua disciplina de la Iglesia, he creído de mi deber rectificar tales conceptos y tratar detenidamente la materia, para que si se relaciona, como

dice el articulista, con *una importante cuestion de actualidad*, no puedan estos errores, segun su misma frase, *encontrar eco en la opinion pública*.

Seis épocas señalan los canonistas tocante á las vicisitudes de la disciplina en la eleccion de obispos, y en la primera reconocen como incuestionable la concurrencia del clero y del pueblo. Pero de aquí á admitir, como lo hace el autor de las *observaciones*, «que dicha eleccion se haya verificado por algun tiempo en la Iglesia por una especie de sufragio universal,» vá mucha distancia. Las dudas nacidas de los términos generales con que están concebidos los antiguos escritos y primitivos cánones de la Iglesia no versan propiamente sobre si el pueblo votaba á la vez con el clero, pues fuera de toda disputa está que concurría simplemente para dar testimonio y no para emitir sufragio: lo único que se duda es si acudían ó no á las elecciones todos los individuos del clero, si estaban ó no exceptuados los de órden menor, si en las ciudades populosas asistía ó no todo el pueblo, y si este se componía ó no de todos los cristianos de la ciudad ó comarca sin distincion de sexo, edad y condicion. Por lo demás, repito, es incontrovertible que el pueblo jamás votaba, como lo hacia el clero, y que nunca le correspondió el derecho de elegir, tomada esta palabra en su estricto y genuino sentido. El mismo hecho de la eleccion del apóstol S. Matías prueba que el nombramiento fué hecho, no *por* el pueblo, sino *delante* del pueblo. Nada diré acerca del nombramiento de los siete diáconos, para cuya eleccion los discípulos de los apóstoles no hicieron otra cosa sino indicar los sugetos que juzgaban más dignos para ejercer el ministerio de la predicacion y distribuir la santa eucaristía.

Es muy distinta la presentacion de lo que se llama eleccion propiamente; y sin embargo muchas veces el romano pontífice, sin preceder la primera, ha procedido á la segunda. Por S. Pedro ó por sus sucesores fueron elegidos y consagrados muchos de los primeros obispos de las iglesias de Italia, Francia, España, Africa é islas adyacentes; y en virtud de la potestad conferida por el Salvador ejercieron los demás apóstoles este derecho, intrasmisible á sus iglesias particulares. Del papa Sixto III se sabe que nombró *motu proprio* siete prelados para las iglesias de Francia y el primer metropolitano de Reims, como lo fueron por Celestino I los obispos de Escocia Paladio y Patricio, y en estos dias lo han sido por Pio IX los de diversas naciones prescindiendo de concordatos que gobiernos rebeldes han roto y conculcado.

Pero como aparte de estos casos extraordinarios al nombramiento solia preceder la presentacion, la concurrencia previa del pueblo no tenia cuando mas otra fuerza respecto del clero que elegia, que la que tuvo despues en virtud de los concordatos la designacion hecha por los príncipes seculares respecto de la santa sede que puede admitirla ó rechazarla. La intervencion popular en el acto de la eleccion se reducía á lo que ahora se llama *crear atmósfera*, esto es, á formar una especie de opinion pública sobre las cualidades de los candidatos. Algunas veces era simultánea la concurrencia del pueblo y del clero, cuando uno y otro sin estar antes de acuerdo proclamaban á una voz y de repente á un sugeto como por inspiracion del Espíritu santo; así sucedió con S. Ambrosio: pero estas ocasiones escepcionales distaban de formar la regla ordinaria. Otras veces el pueblo reunido en el templo no hacia mas que manifestar su aprobacion ó asentimiento al darle cuenta de la eleccion hecha ya por el clero, y mal podia entonces aquel emitir su sufragio: de esta suerte S. Agustin, luego de nombrado, fué aclamado hasta veinte y tres veces con la fórmula *es muy digno!* y lo mismo se hizo con Eradio propuesto por él para sucederle en la silla de Hipona, y con Eutiquio patriarca de Constantinopla.

Tres fueron las razones que se tuvieron presentes para admitir la intervencion del pueblo al concederse al clero el derecho electoral: 1.º no esponerse á nombrar á un candidato indigno, 2.º dar á conocer que se elegia únicamente á los dignos, 3.º no hacer la eleccion contra la voluntad general. Sin embargo jamás se consideró necesario para la validez del acto aquel previo testimonio: los que propiamente hacian la eleccion, segun el cánón 4.º del concilio I de Nicea, eran el metropolitano y sufragáneos, siéndoles además permitido desechar al candidato si no era idóneo, y desatendiendo no pocas veces la presentacion popular siempre que era contraria á las disposiciones canónicas ó se arrogaba facultades no concedidas por la Iglesia. En estos trances se convocaba nuevamente al clero y al pueblo, y si no era posible ponerlos de acuerdo, hacia la eleccion el metropolitano con los obispos de la provincia. Si el papa Celestino I escribió á los prelados de Francia que «el clero y el pueblo debian concurrir en las elecciones,» tambien manifestó á los de Apulia y Calabria que en ellas «se habia de dirigir al pueblo y no seguirle, amonestarle y no darle el consentimiento.» Al pueblo, segun S. Basilio, correspondia hacer la peticion, pero el nombrar la persona era propio y esclusivo del concilio provincial.

A este testimonio dado por el pueblo de las virtudes y méritos del electo, y no á su voto electivo, se referia Tertuliano al decir tocante á los obispos: «por el testimonio del pueblo han conseguido ciertos ancianos el honor de tener la preeminencia entre vosotros.» Tal fué, segun los santos padres é historiadores antiguos, la práctica seguida en la iglesia de Roma; tal la observada en Alejandría y en toda el África. En todas las iglesias del Asia era costumbre hacer el pueblo la postulacion; en Francia daba su asentimiento; en Nápoles, en Milan, en España y en el Occidente todo, el clero emitia sus votos, el pueblo atestiguaba acerca de las cualidades del electo, y el metropolitano confirmaba ó reprobaba por motivos canónicos la eleccion. S. Cipriano es el que razona mas explícitamente esta disciplina: «elijase al prelado, dice, *en presencia* del pueblo para que se descubran los vicios de los malos y se publiquen las virtudes de los buenos;» y presenta como modelos de esta costumbre tres ejemplos de la Escritura, á saber, la consagracion del sacerdote Eleázaro, el nombramiento de S. Matías y el de los siete diáconos.

Y he aquí el texto mal entendido ó tergiversado que sirvió de base á los reformadores protestantes para afirmar que el derecho electoral correspondia al pueblo de *derecho divino*, cual si constituyeran este los hechos narrados en las escrituras y no los preceptos establecidos por Dios. Atendida la índole del ministerio episcopal y la base de la autoridad y gerarquía eclesiástica, ¿cómo imaginar que el nombramiento de los pastores pudiese competer jamás á la grey, á la colectividad de los súbditos, y no á la Iglesia *docente*, es decir á sus legítimos superiores? Facultad fué esta peculiar de los apóstoles y mas singularmente del jefe del apostolado, así como lo fué de Jesucristo la eleccion de sus discípulos para primeros sacerdotes y magistrados de su Iglesia; y fenecidos ellos, pasó á sus sucesores, fijándose gradualmente las sillas y señalándose á cada una su territorio ó diócesis. En todas prevaleció un sistema de eleccion sustancialmente igual, aunque variado en los accidentes, sufriendo las modificaciones que los lugares y los tiempos aconsejaban, cuyas leves discrepancias uniformó con el trascurso de los siglos una comun disciplina.

«¿Y los príncipes, dirá tal vez alguno, no hubo tiempo en que nombraban á los obispos? ¿no procede de este antiguo derecho el de presentacion que les afianzan los concordatos? Siendo pues tan seculares los reyes como los pueblos, despréndese que dicha circunstancia no incapacita á estos mas que al

soberano para las atribuciones electivas.» Indudablemente; pero ni es verdad que la eleccion de obispos haya competido nunca por derecho propio al poder civil, ni que la haya practicado jamás con asentimiento ni siquiera tolerancia de la Iglesia. Pudo sí desde la paz de Constantino intervenir en ella para conservacion del órden público; pudo ser admitida y aun á veces invocada su autoridad protectora para evitar agitaciones y tumultos populares ó refrenar turbulentas mayorías, como lo hicieron Teodosio el grande, Arcadio y Teodosio el jóven en Constantino-
pla, amparando la libertad de las asambleas y la legalidad de los trámites. En la eleccion de los obispos de Roma, como se llamaron por largo tiempo los pontífices sin menoscabo de su doble primacia, jamás se mezclaron los emperadores sino en caso de discordias y con el fin de apaciguarlas; y no es mas que un cánón apócrifo, inventado en el siglo XI por serviles cortesanos, la facultad que se supone otorgada por Adriano I á Carlomagno para nombrar á sus sucesores en la santa sede. Los feudos, concedidos por los príncipes á los obispos y abades, unas veces por consideraciones piadosas y otras por miras políticas, dieron ocasion al abuso de las investiduras y á las escandalosas simonías á que aplicó remedio vigoroso la sobrehumana energía del papa Gregorio VII; y en la dieta de Worms de 1122 renunciaron para siempre los emperadores de Alemania al nombramiento de los obispos, restituyendo al clero la libertad en la eleccion.

La prerogativa que en los reyes godos de España reconoce el concilio XII de Toledo, de designar á los preladados del reino mediante la aprobacion y consagracion del primado, no se sabe de dónde trae su origen; probable es que desde la conversion de Recaredo. Con arreglo al derecho comun los cabildos catedrales, sustituyendo en sus funciones al antiguo presbiterio, nombraron mas tarde á los obispos, cuya legislacion, establecida en las Decretales y consignada en las Partidas, continuó vigente en España, hasta que se generalizaron las reservas pontificias. Estas eran verdaderas elecciones, para cuya validez bastaba la confirmacion de los metropolitanos; mas no lo eran las suplicas ó propuestas que por merced de varios papas fueron concedidas á nuestros monarcas, con particularidad desde el siglo XV en adelante, retenándose la santa sede el derecho de confirmacion. Por esto se estableció que á la expedicion de bulas precediera el exámen de las cualidades de los presentados por una congregacion competente y la oportuna informacion acerca de su vida y costumbres; porque no á todos los príncipes ni en

todos tiempos y circunstancias podia la Iglesia deferirles igual confianza que á la mayor y mas sana parte de un cabildo, y hasta en no pocas ocasiones el otorgársela seria espuesto á muy graves perjuicios. De este género son las presentes, pues atendida la actitud de los gobiernos respecto del pontificado, ¿no seria demasiado exigir que este les dejara la designacion de los pastores de la grey que vejan y perturban por tantos modos?

SEBASTIAN VIVES, PRO.

CRÓNICA.

En la fiesta de Pentecostés recibió su santidad gran número de damas y de religiosas de diferentes institutos, á las que dirigió las siguientes palabras:

«Recibid mi bendicion para que os traiga el bien y os dé nuevas fuerzas para hacerlo en provecho de los demás.

«El mundo es tan malo, que todos tenemos la obligacion de hacer el bien del modo mejor que podamos. No solo los religiosos, las religiosas y todos los que á ello se dedican especialmente, sino tambien los que viven en el mundo en medio de los negocios, tienen el deber de hacer el mayor bien posible á fin de reparar el mal que nos inunda.

«Dios está con nosotros. Permanezcamos siempre unidos á Él. Marchemos todos de acuerdo, y Él no nos abandonará. Ved, hoy mismo el Espíritu Santo nos ha dado una prueba de ello al descender sobre los apóstoles, que estaban todos unidos en la caridad y en la oracion.

«Hoy mismo, san Pedro y todos los apóstoles hablaron por primera vez á todas las naciones que se encontraban en Jerusalem. Hebreos, griegos, árabes y aun romanos, comprendieron este lenguaje, ¿y por qué? porque era el lenguaje de la caridad, y la caridad penetró al punto en sus corazones. Pero donde no hay caridad no hay union, y entonces es cuando la confusion domina.

«Por esto aconteció la confusion de lenguas al construir la torre de Babel, pues que entre sus edificadores no existia la union con Dios, sino mas bien una conspiracion contra Dios. Así vino la confusion y despues la dispersion. Dejemos la confusion al mundo y á los que le siguen, y nosotros sigamos á los apóstoles, sigamos las inspiraciones del Espíritu Santo, y llegaremos á la posesion de Dios.»

Todo hace presumir que la votacion popular del 12 de mayo no ha hecho otra cosa que dar incremento á la lucha entablada en Suiza entre la revolucion y sus adversarios. Los revisionistas declaran que no cejarán en su propósito de procurar la reforma de la constitucion de 1848; mientras los anti-revisionistas dicen que su voto negativo no significa otra cosa que su oposicion á la reforma hecha en sentido revolucionario, pero que no tienen á la constitucion vigente por su *desideratum*, por lo que tambien desean su reforma en sentido contrario á lo que los liberales pretenden.

La situacion del protestantismo en Prusia es lastimosa. La accion del estado ha sido fatal á dicha secta, porque ha querido valerse de ella para sus fines políticos. Así lo reconocen los gefes del protestantismo aleman que acaban de dar á luz una pastoral, en la que se quejan amargamente del estado á que ha venido su religion, á pesar de los triunfos militares del pais y de su prosperidad material. Nótese, en cambio, la situacion del catolicismo en el mismo imperio; nótese su influencia y poderio siempre crecientes á pesar de las medidas contra él adoptadas, la union del episcopado con el clero, la firmeza de los fieles, el aumento de las asociaciones católicas, y tantos otros signos indudables de prosperidad y crecimiento; y bien podemos asegurar que el catolicismo recobrará á Alemania como recobrará á Inglaterra.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

RECÍPROCA INFLUENCIA DE LA RELIGION Y LA LITERATURA.

Los hechos portentosos realizados sobre la tierra y presenciados por la generacion que tuvo la dicha de ver con sus ojos al Hijo de Dios revestido de carne humana, los que indudablemente acompañaron la predicacion de la doctrina evangélica y sin los cuales su rápida propagacion seria un milagro todavía mas asombroso, el carácter sobrenatural de que aparecian dotados el valor y la constancia de los que entre bárbaros tormentos rubricaron con su sangre el testimonio de su fé, las virtudes inauditas que desplegaron algunos siervos de Dios, y las gracias aun mas extraordinarias con que se vieron favorecidos; todo esto no podia menos de herir la imaginacion de los primitivos fieles, y de hacerles ver que el elemento maravilloso habia tomado, por decirlo así, carta de naturaleza en la tierra que habitamos. Alléguese á esto una viva fé en la intervencion de la Providencia divina en todos los sucesos humanos, en el amor entrañable y en el cuidado incesante y paternal vigilancia que ejerce Dios sobre sus criaturas, en el lazo misterioso que une al mundo visible con el invisible y á los que pertenecen todavía á la Iglesia militante con los que han recibido ya su galardón inmarcesible; y no se extrañará la inmensa multitud de tradiciones piadosas, de alegorías morales, de narraciones extraordinarias que componen la parte legendaria del cristianismo. Esta es la que sirvió de tema á la última conferencia del Sr. Aguiló, por ser la tercera de las ramas en que habia dividido la literatura que en los primeros siglos de la Iglesia debió su origen á la influencia de las ideas que obraron la regeneracion del mundo. En su clasificacion no entraban ni las profundas controversias de la teología, ni los documentos históricos de autenticidad incontestable, ni los raudales de erudicion y de elocuencia con que los santos padres esclarecian el dogma ó inculcaban la austera moral del evangelio; referíase únicamente á las obras que pertenecen á la historia de la poesía, y á las de mas humilde estilo en que prescindiendo de la forma métrica la imaginacion habia tomado una parte activa. La transformacion de la poesía gentílica, á consecuencia del predominio que ejercian las ideas cristianas, habia empezado por desgracia en una época de decadencia literaria; y en vez de vigorizar el talento, de infundirle nueva y mas vivificadora savia, el mal de que ya estaba herido hizo tan rápidos progresos, que pocos siglos despues ya no se hallaba quien manejase la pluma de los poetas. Sus obras, así de los gentiles como de los cristianos, yacian arrinconadas en las bibliotecas de los monges, ocupados en su transcripcion mas bien para enseñanza de la posteridad que para la suya, mas bien para cumplir con la ley de un plausible trabajo que para satisfacer la devoradora pasion del estudio. Se pudiera decir que de estas

obras solo vivian los cantos rítmicos, los himnos adoptados por la liturgia é intercalados en los oficios divinos. El ciclo de los evangelios apócrifos tampoco fué de larga duracion. Los padres y doctores de la Iglesia estuvieron siempre acordes en reconocer la autenticidad de los que fueron escritos bajo la inspiracion del Espíritu santo, en señalar los que contienen una relacion del todo verídica, y los que involucran inseguras y fabulosas narraciones; y los fieles verdaderos, dóciles á la voz de sus pastores y no inficionados por la herejía, mal podian dejar de comprender la diferencia inmensa entre unos escritos que solamente halagaban mas ó menos su imaginacion y los que eran fundamento indestructible de sus creencias. Esceptuando algunos eruditos que, con plausible ó con siniestra intencion, se ocupan en desentrañar todo lo que concierne á los orígenes del cristianismo ó á la historia general de la literatura, esceptuando algunos curiosos en quienes despierta vivísimo interés todo lo que está marcado con el sello de la rareza, pocos son los que den importancia alguna á estos monumentos de una época remota y que en caracteres y aspiraciones tanto se diferencia de la nuestra. De algunos de los evangelios apócrifos no han quedado mas que fragmentos, otros están completamente perdidos; pero bastan aquellos restos para concebir una idea de lo que valian como obras de arte ó de enseñanza religiosa. Así podemos juzgar á veces de un templo derruido ó de un castillo desmoronado por lo tosco ó por lo imponente de sus ruinas.

Con la rama de los apócrifos pudiera confundirse otra mas estensa y fecunda que dió por fruto tantas leyendas piadosas, tantas anécdotas ejemplares, tantos acontecimientos milagrosos cuya autenticidad histórica está muy lejos de ser incontrovertible. Una y otra brotaron del mismo tronco, recibieron un cultivo análogo y se vieron revestidas de un follage parecido; pero aquella no floreció mas allá de los primeros siglos de la Iglesia, y esta siguió creciendo en vigor y lozanía y cubriéndose de nuevos vástagos aun despues de llegada la época del Renacimiento. No hay que buscar en sus producciones la esmerada forma ni las galas que ataviaban la literatura gentílica, como tampoco las cualidades que exige el gusto literario de nuestros dias; y sin embargo obtuvieron una popularidad inmensa, y sirvieron de pábulo á la imaginacion y de fomento á la piedad y de ejercicio á la meditacion, no solo de las muchedumbres, sino tambien de personas mas ilustradas que encontraban en ellas sabor agradable al par que nutritivo alimento. La fé habia sido el estro poético de sus autores, y era la misma fé la que hacia encontrar en su lectura tan singular atractivo. Nosotros ahora tal vez no podemos comprenderlo, porque nuestra fé no es tan viva ni tan humilde ni tan candorosa: en esta materia somos tan susceptibles y recelosos, que un pequeño exceso de credulidad nos parecería la mas grave y trascendental de nuestras flaquezas. ¿Cómo si pudiéramos dudar que la religion cristiana está

fundada sobre hechos visibles que pertenecen al orden sobrenatural, que está connaturalizada con el elemento maravilloso, que este es su privilegio esclusivo y el sello de su verdad incontestable! Cómo si pudiéramos dudar que la intervencion divina se haya manifestado algunas veces de una manera extraordinaria y, por decirlo así, material y tangible! Cómo si no fuera desconocer esta santa religion y renegar de ella, el querer encerrar sus dogmas y su historia en la esfera de un puro naturalismo!

Estudiando las condiciones morales de los pueblos durante la edad media, las agitaciones y turbulencias de su vida social, la rudeza de sus costumbres y la fogosidad de sus pasiones, bien se deja ver que para inducirlos á la práctica de las mas heróicas virtudes, para alentarlos en las frecuentes calamidades que sobre ellos pesaban, para contenerlos dentro de los límites de la moralidad y de la justicia, no solo era necesario inculcarles las verdades religiosas, sino que convenia presentárselas como de relieve hiriendo su imaginacion para dar mayor fuerza á los razonamientos especulativos. Si se prodigaba el uso del elemento maravilloso, si se inventaban visiones horribles ó regaladas apariciones, ¿acaso este linaje de sucesos está en contradiccion con la historia del cristianismo? se opone acaso en principio á ninguno de sus dogmas? Tomados en concreto serán verdaderos ó fabulosos; mas, ¿quién negará que Dios pueda otorgar ó haya otorgado favores tan especiales á ciertas almas privilegiadas, ó que pueda valerse de este medio para conducir al arrepentimiento á pecadores endurecidos? ¿Quién negará que el príncipe de las tinieblas tenga un interés vivísimo en hacer caer al hombre en pecado, y que á veces reciba de Dios el permiso para perseguirle y oprimirle como lo hizo con el patriarca Job, ó para remedar y parodiar los prodigios que están reservados á la omnipotencia divina? Pues si estas narraciones piadosas, aun las que son mas ó menos apócrifas, pudieron servir de estímulo al bien ó de precaucion contra el mal, ¿por qué no hemos de considerarlas como una especie de apólogos, que hacen pasar la inverosimilitud de los diálogos entre irracionales, para fijar mas y hacer mas sensible la moralidad que los completa? ¿Por qué hemos de ser tan nímiamente escrupulosos en las cualidades de la cáscara, si hemos de convenir en que el meollo era provechoso y grato al paladar de aquellas generaciones? Que era una literatura monacal, ¿y qué? ¿Por ventura es un mal que las personas que viven en medio del siglo posean las virtudes de los monges, y sean castas y humildes, pacientes y devotas, mortificadas y caritativas? ¿Es un mal por ventura que no solo procuren cumplir los preceptos sino que además se propongan seguir los consejos del santo evangelio? Alléguese á esto que tales ejemplos y leyendas no pedian mas que una fé puramente humana, y el que la rehusaba no por ello salia del gremio de la Iglesia; por lo mismo no constituian un cuerpo de doctrina sino un género especial de literatura: y si ahora ni siquiera conserva

una mínima parte de la popularidad que habia alcanzado, ¿es esto acaso un motivo para envanecernos? Nuestro paladar es mas delicado, ¿pero los manjares de que nos hartamos son por ventura mas saludables? nuestra imaginacion se espacia por campos mas risueños y floridos, ¿pero no se espacia tambien por lugares inmundos, por cima de estercoleros que la corrompen con sus fétidos miasmas? nuestra generacion es muchísimo mas ilustrada, ¿y es por ventura mas profunda y sinceramente cristiana? Tenemos mas gusto y menos fé, tenemos mas crítica; pero los refinamientos de la crítica nunca han servido de impulso para una accion meritoria en el orden espiritual, á nadie le han hecho adelantar nunca un solo paso en el camino de su eterna salvacion. «Y estas reflexiones, dijo el Sr. Aguiló, no las hago por mera digresion ni para usurpar un puesto que no me corresponde: las apunto únicamente porque están ligadas con mi tema. Es á todas luces evidente el influjo de la religion en esta rama de la literatura, y no puede dudarse que esta literatura habia de ejercer una influencia poderosa, no sobre la religion alterando sus dogmas ó su moral, sino sobre la religiosidad de los pueblos que es uno de sus caractéres sociales. Es claro que habian de ser muchísimos los que, impresionados por aquellas leyendas, verdaderas ó fabulosas, cobrarian un horror invencible al pecado, adeigazarian, por decirlo así, las fibras de su conciencia hasta llevarlas al extremo de la delicadeza, se sentirian alentados para llevar á cabo los sacrificios mas heróicos, treparian hasta las cumbres del ascetismo, y el ascetismo, como dije ya, es la quinta esencia, la flor, la poesía de las virtudes cristianas.»

Despues de algunas observaciones generales sobre este género de literatura, citó las leyendas de la Verónica, de Pilatos y de Judas, y concluyó diciendo: «Estas composiciones novelescas, fundadas sobre antiguas tradiciones adulteradas por la imaginacion popular, truncadas, resumidas y compendias de la manera que acabo de hacerlo, producen muy poco efecto, y tampoco lo producirian referidas á la moderna en estilo culto y elegante. Para saborearlas es menester leerlas así como las dejaban los escritores del siglo quince ó diez y seis, con su anticuada frase, sus monótonos giros y sus acompasadas repeticiones. Así los sucesos particulares de una guerra pasada, las escaramuzas, las aventuras de alojamiento, las vicisitudes de un pobre recluta, apenas llamarian nuestra atencion consignadas en una historia; y sin embargo la cautivan fuertemente, si en noche de invierno, en el hogar de una casa de campo, oímos á un anciano labrador que refiere los trabajos, los peligros y las costumbres de su vida de soldado.»

Se publicará mas adelante como artículo el discurso pronunciado por D. Miguel Maura sobre los malos libros en la pasada conferencia, última de la temporada.